



KAFKACÓATL
Rubén Cantor

Rubén Cantor

KAFKACÓATL



HERRING PUBLISHERS
MÉXICO

© Kafkacóatl, Rubén Cantor Pérez, 2016
© Herring Publishers, 2016

Diseño editorial:
Oliver Herring

Ilustraciones:
Adriana Rangel Pérez



Esta obra está sujeta a la licencia Reconocimiento-SinObraDerivada 4.0 Internacional de Creative Commons. Para ver una copia de esta licencia, visite <http://creativecommons.org/licenses/by-nd/4.0/>

Impreso en México / DYS

ÍNDICE

7 RATÓN

12 ZORRO

17 PÁJARO

21 MARCIANO

27 MÁQUINA

31 LOBO

36 HUMANO

38 GATO

RATÓN



Bonfilio era un sobreviviente, lástima que murió. Se cuentan muchas cosas de él, enfoquémonos en lo más relevante.

Sí, hablaba con una rata, aunque ésta no le contestaba en idioma humano. Se limitaba a emitir chillidos.

Sí, no sabía nada de álgebra, trigonometría y menos cálculo diferencial. No obstante sus clases eran míticas por la pasión con la que fingía resolver problemas medievales.

Sí, sobrevivió a tres balazos en la cabeza. Sobre este punto no se tiene mayor información.

La estatua que se levanta el día de hoy merece cada kilogramo de bronce que delinea ese cuerpo avejentado. Sin lugar a dudas ha sido el mejor rector, profesor, bibliotecario y conserje del Instituto Tecnológico de Caradura, todas las ocupaciones desempeñadas simultáneamente. No se debe olvidar su entusiasmo como mascota del equipo de futbol. Mandó modificar una botarga del doctor Simi para convertirla en un cotorro desmejorado.

La comunidad estudiantil le rinde tributo a ese señor de edad avanzada que llegó a ser conocido como el hombre universidad. Por desgracia la voluntad de Bonfilio no pudo incrementar el nivel académico de la institución, al contrario, aterrizó al último lugar nacional.

Eso no fue motivo de desilusión para Bonfilio, mientras vivió mantuvo la cara en alto y falleció con una sonrisa orgullosa en su cara de abuelito decrepito.

Murió asfixiado en un partido de los cotorros de Caradura. Olvidó recordarle al sastre que le pusiera ventilación adecuada a la botarga. El público confundió el ataque respiratorio con uno de risa caricaturizado, se revolvía y daba vueltas en el suelo. Los aficionados aplaudieron como nunca.

Pasemos a la anécdota que le cambió el apodo de hombre universidad por el de hombre rata.

Cuestiones de inseguridad pública desembocaron en el éxodo de profesores y administrativos del Tecnológico de Caradura. Bonfilio fue el único valiente que no se dejó amedrentar y por eso mismo se encumbró a velocidad luz. Al estar vacantes tantos puestos, el conserje vio con buenos ojos el ocuparlos todos. De cualquier manera era mejor tenerlo a él que no tener a nadie.

La rectoría fue lo más sencillo que se le presentó, bastaba con salir en las fotos oficiales y saludar a quien se encontrara en los pasillos.

Las cátedras le venían bien a su salud. Impartía el programa completo de las tres ingenierías del campus con las manos en la espalda. Era un excelente improvisador y sólo tenía que aplaudir cinco minutos antes del final de clase para despertar a los escolapios. Cuando dos clases se interponían en la carga horaria juntaba a ambos grupos en la cancha de futbol y mezclaba los contenidos de las materias. Por ejemplo, si el grupo uno tenía asignado Electromagnetismo y el dos Ecuaciones diferenciales, la fusión daba pie a la clase de Ecuaciones diferenciales electromagnéticas. Bonfilio no tenía ni poca idea de lo que enseñaba, pero su convicción se traducía en conocimiento bruto.

Entre sus muchos logros está el que haya conseguido que el Tecnológico fuera sede del Encuentro Internacional de Bioquímica. Los japoneses quedaron encantados con Bonfilio, lo comparaban con un shogún. Gracias a esa experiencia el hombre universidad salió de México por primera vez para viajar al país del sol naciente, donde lo volvieron doctor honoris causa en la Universidad de Kioto.

—Pinche país loco —declaró a su llegada.

Bonfilio le dio renombre internacional al Tecnológico y eso nadie se lo puede negar.

Toca turno al episodio más polémico de su ilustre vida.

Como bibliotecario no catalogó ni un libro. Se limitaba a desacomodar las estanterías de acuerdo a su estado de ánimo. Organizó la primera hoguera académica nacional desde los tiempos de la inquisición. Echó al fuego libros que no podía cargar en sus clases para celebrar con una fogata la llegada del equipo de futbol a la final regional, que por cierto perdieron.

No debemos juzgarlo sin saber la historia completa.

Además de su declarado gusto por el aguardiente, Bonfilio era aficionado a inhalar gasolina blanca en la biblioteca. Ésta se usaba para quitar las etiquetas de los libros o para limpiarlos. Lógicamente empezó a alucinar.

Ahí es donde entra el apodo de hombre rata.

Quitemos el elemento zoafilico por morboso y ciñámonos a lo literario.

A Bonfilio siempre le gustó Mickey Mouse, le ayudó a superar muchas carencias y traumas familiares. De niño estuvo en contacto con múltiples roedores y aprendió a quererlos por muy feos que fuesen.

De conserje le había tocado limpiar la biblioteca un par de veces y la verdad es que no le despertaba curiosidad alguna. Tuvo que agarrarle el gusto cuando se impuso como bibliotecario. La bencina fue su salvación, ya que estaba mal visto que ingresara bebidas.

Fingía catalogar e inhalaba la gasolina sin discreción.

—Pinches libros, se creen mucho —llegó a gritar bajo los influjos del enervante.

—Y que lo digas, amigo —contestó una voz chillona.

—¿Quién está ahí? —preguntó Bonfilio asustado.

—Soy yo, Miguel, tu amigo de la infancia, ¿acaso ya no me recuerdas, canijo?

—¿Dónde estás?

—Aquí abajo, despistado —respondió rampante Miguel.

—¡Ah, chingao! ¡Miguelito! —gritó Bonfilio.

—¡Hola, viejo amigo! —le extendió una pata para saludarlo.

Se estrecharon la mano-pata y Bonfilio lo subió a su escritorio de catalogación.

—¿Qué te trae por aquí, Miguelito?

—Aquí vivo. Me gusta leer y no hay mucho movimiento, así que puedo pasearme a mis anchas.

—Qué gusto encontrarte, hace años que no te veía. Dame un abrazo, Miguelito.

El abrazo fue presenciado por una incauta estudiante que quería sacar copias. Así comenzó la leyenda del hombre rata.

Muchos miembros de la comunidad tecnológica tienen la certeza de que Disney basó la película *Ratatouille* en la vida de Bonfilio y Miguel sin rendirle cuentas al que inspiró la historia. Claro que había que cambiar de región por fines económicos. ¿Quién iba a pagar por ver a un bibliotecario y su amiga rata en Caradura? Francia es más glamurosa y rentable. Inconvenientes del tercer mundo.

Hacían un buen equipo. Las deficiencias intelectuales de Bonfilio eran sanadas por Miguel. Aconsejaba qué libro llevar a clase y cómo ordenarlos. La torre de materiales sin catalogar fue destruida cual Babel. Bonfilio no metió mano en eso, Miguel pidió libertad creativa y le fue concedida.

Varias noches Miguel fue invitado a la covachita de Bonfilio a brindar por la recién formada colaboración laboral. De las borracheras no se sabe mucho, sólo que eran legendarias. El ratón tomaba tres veces su tamaño en aguardiente.

En la oficina de rectoría Bonfilio pensó varias veces cambiar la mascota del Tecnológico por un ratón, mas luego recordaba lo caro que le salió modificar la botarga del doctor Simi y reculaba en su intención.

Hoy en día se desconoce el paradero de Miguel. Algunas versiones sostienen que murieron juntos en la botarga, otras dicen que Miguel maquinó un plan malvado para deshacerse de su borracho amigo y que ahora dirige el Tecnológico de Caradura desde rectoría. No hay forma de comprobar esta segunda teoría porque Bonfilio se llevó a

la tumba la llave de la oficina y la superstición del pueblo no da espacio a las tentativas de llamar a un cerrajero.

—Si el señor rector quiso mantener cerrada rectoría fue por algo —dicen por ahí.

Lo que resta por rememorar es el último discurso que ofreció Bonfilio, en el marco de la Jornada Estatal de Recolección de Piyamas para Desamparados. Fue conmovedor.

—Yo no sé nada de universidades, pero a la vez sé todo. Los maestros maricones huyeron y les valió madres esta honorable institución. Para mí es mi vida, ustedes son mis hijos y la covachita es mi humilde morada, a la que son bienvenidos el día que quieran, sólo traigan algo para pasar los alimentos —imitó a una botella con su mano—. Fuera de cotorreo, quisiera externalles una felicitación a todos los presentes por hacer el sacrificio de donar una de sus piyamas a las personas que como yo nacieron olvidadas de Dios. En Japón me di cuenta de muchas cosas, entre ellas que la riqueza de un país puede medirse por la calidad de la piyama de los pordioseros. Allá todos visten piyamas bien calientitas, tengan o no casa. Yo quiero que Caradura sea así. Por más que este país se esté yendo a la chingada, en Caradura no le faltará una piyama a los desamparados. Ahora todos pónganse para la foto. Los pordioseros atrás. Como es foto oficial no queremos dar pena ante las universidades hermanas.

En esa fotografía Bonfilio salió al centro, con Miguel entre sus manos y las candidatas a reinas tecnológicas a sus costados.

ZORRO



La plaga de zorros, eso sí fue algo inesperado. En Londres se vuelve creíble, aquí en Caradura es justicia poética, como dijo el escritor. Pero el centro de la historia está en esa anécdota que me contaron hoy y en la cual tomo parte.

Hace más de una semana que llegaron los rojillos, como les hemos llamado. El sociólogo les dice marxistas, nadie le ha hecho segunda. La ola roja de colas esponjadas y orejas puntiagudas es ya una realidad que asimilamos día a día.

Algunos le han sacado provecho. Tenemos negocios como Cazazorros López y Asociados, Taxidermia y algo más, Rótulos El Zorro, por mencionar algunos destacados ejemplos.

Los malintencionados siembran rumores falsos a diestra y siniestra, ahora resulta que todos son dorafóbicos. Lo más descabellado lo escuché de mi vecino: asegura que un vulpino entró al cuarto de su bebé, lo deglutió, se arrepintió y lo vomitó entero, dejándole una horrible hinchazón en la frente, donde él asegura que se hizo más presión al entrar y salir por el tracto digestivo. Nadie se ha puesto a pensar que se le cayó de la cuna bajo su cuidado y lo más fácil fue culpar a los inocentes animales.

Por suerte está en proceso la creación de la Sociedad

Caradureñase Protectora de Zorros. Yo ya aparté mi membresía anual. Espero que los zorros se queden mínimo un año porque si no sería una completa pérdida de dinero y tiempo. Quiero ser protector de zorros por Kafkacóatl, mi mascota.

Encontré a Kafkacóatl acorralado por una jauría de perros salvajes. Es obvio que los caninos no están muy contentos con la novedad. Se sienten desplazados y han reaccionado de la peor manera posible, desdomesticándose para sobrevivir.

—¡Chu! —grité a los encolerizados, no se me ocurrió nada más.

—¡Chu! ¡Chu! —volví a gritar al no ver reacción.

Temblaba el pobre zorro. Sospecho que más por lástima que por temor los perros retrocedieron lentamente sin perder de vista al perseguido. En algún lugar de Caradura alguien chifló y eso bastó para que se olvidaran de la cacería y desaparecieran.

Me acerqué cauto a él, le acaricié la cabeza. Él me mordió y huyó. Tuve que corretearlo. Ya que lo atrapé nos aprendimos a querer.

Pero Kafkacóatl no es el centro de esta historia. Vuelvo a lo de la anécdota.

Ah, antes de continuar, se preguntarán por qué le llamé así. Por las orejas puntiagudas de Kafka y por su mirada de chivito a punto de volverse barbacoa. La nacionalidad mexicana se la di con el coatl.

Prosigo. Trabajo en una oficina gubernamental y hoy en la mañana, en el estacionamiento, un compañero me contó una historia tan absurda y estúpida que no hubiera creído a no ser porque me tocó toparme cara a cara con el meollo del asunto nada más al abrir la puerta principal.

Un tipo entró a solicitar un certificado de no antecedentes penales. Mi amigo lo atendió y se tuvo que chutar todo el rollo motivacional del desafortunado: que era su primer trabajo formal y no podía esperar a que llegara la quincena para presumirle los frutos de su esfuerzo a su esposa, quien por cierto está embarazada.

De nuevo cayó en Caradura la justicia poética de la que nos habló el escritor.

Al buscarlo en el sistema para darle su mentado papel, mi compañero se vio en la incómoda situación de informarle una noticia que echaría abajo todos esos sueños. Resultó que no podía expedir

el certificado porque el sujeto era un prófugo, acusaciones macabras pesaban en su conciencia.

Tuvo que agarrar valor para pedirle de la manera más amable que se sentara en una silla en lo que llegaban las autoridades a proceder con su detención mientras se aclaraba el problema.

Ahí el desempleado ardió en cólera; era tan transparente que se pudo ver el momento exacto en que su bilis se derramaba por los órganos aledaños.

Esta vez mi compañero no podía hacerse de la vista gorda, ya había alertado a la policía y tenía que encarar las responsabilidades de su cargo. Las desazones del empleado gubernamental.

—Es que a quién se le ocurre venir a pedir el certificado de no antecedentes penales con uno o varios delitos a cuestas. Eso ya es descuido suyo, señor. Lo lamento mucho por su paternidad.

Las palabras sólo echaron sal a la herida en lugar de calmar los ánimos.

—¡Vale zorro! —gritó el acusado la maldición en boga.

—¿En qué más puedo ayudarle, señor? —temeroso preguntó mi colega.

Ahí comenzó la destrucción total, en sentido figurativo, ya que hasta eso, se portó muy bien el enfadado. Más bien ahí comenzó la destrucción auditiva y el terror psicológico.

Gracias a ese acontecimiento supe que mi amigo mentía sobre su dominio del *krav magá*. Todo un mes nos presumió a todos en la oficina que era ducho en el sistema de combate del ejército israelí. Según él sí pudo aplicar sus habilidades pero su ojo morado confesó que aún no tiene el poder de usar la fuerza del enemigo a su favor.

Los gritos que lanzó el desempleado asemejaban un chillido característico que embrutece a los zorros y los vuelve hostiles. Para su mala suerte, la plaga roja estaba en su cémit y una multitud de colas esponjadas irrumpió en la oficina.

De repente la situación había dado un giro de ciento ochenta grados. El torvo sujeto se veía presa de una ola peluda. Lo tomaron preso y construyeron una fortificación hecha de ellos mismos, uno encima del otro, bien apretujados.

El tipo quedó incomunicado y quién sabe qué tantas cosas le

han hecho en el tiempo que ha durado encarcelado. Sin embargo, los lamentos dejan poco a la imaginación. La policía no tiene herramientas para recuperar al forajido y se ha limitado a observar.

Todo esto me lo acaba de contar mi compañero, hace un minuto. Como mi lugar de trabajo está imbuido en la espiral de infortunios –más tarde sabré si mi escritorio fue usado como baño comunal o lupanar–, tengo que permanecer expectante. No es nada grato observar semejante tortura, ni aunque la víctima sea un delincuente.

Como cualquier día, Kafkacóatl me acompañó al trabajo. Lo tengo con correa porque eso exigen las regulaciones en materia de zorros. Caigo en cuenta de que no es como los otros de su especie, él permanece impasible ante el odio desmedido de los rojillos.

Consciente de lo que pasa, levanta su cara hacia mí y así nomás me habla.

—Humano, creo que puedo ayudar a ese aciago al que torturan sobremanera mis congéneres.

Un minuto de silencio.

—¿Por qué no me habías hablado antes? —por fin puedo articular.

—¿Acaso no puedo utilizar la prosopopeya a mi antojo? Soy un fanático del efectismo por herencia paterna.

—Si puedes hacerlos entrar en razón te lo agradecería muchísimo, Kafkacóatl.

—Déjame ver qué puedo hacer. No prometo nada.

Su pequeño traserito rojo y blanco se aleja flemático.

Lo han dejado entrar a la prisión escarlata después de una breve charla llena de cortesías. No me queda nada más que esperar.

Qué curioso que el primer avistamiento de un zorro parlanchín me haya tocado a mí entre toda la raza humana. Soy afortunado sin duda.

Pasan varios minutos y viene a mí Kafkacóatl igual de tranquilo que como partió.

—El asunto está así. Dicen que el tipo les importa un bledo, les es indiferente. Fue el pretexto ideal para demandar ciertas peticiones al gobierno de Caradura. Amenazan con volver virales este tipo de encarcelamientos, hasta abarcar toda la ciudad.

—Muy bien, ¿y qué es lo que quieren para detenerse?

—Primero, que se expulse a los perros. Segundo, que creo será más complicado por la cuestión emocional, el fusilamiento en una plaza pública de los taxidermistas y cazadores de zorros. ¿Cómo ves?

—Tendré que decirle esto al policía que está allá, creo que es el jefe del operativo.

—Sí, anda, te espero.

La reacción inicial del capitán es de perplejidad y conforme le explico a detalle la relación que tengo con Kafkacóatl se muestra accesible.

Ha tomado una resolución que creo acertada. Se la externo a Kafkacóatl y él a su vez a los zorros iracundos.

—Buenas noticias. Retirarán el cerco —me dice mi mascota.

—Perfecto.

—Sólo tienen una condición.

—Dime.

—Ellos quieren disparar las escopetas.

—¡Qué! ¿Cómo van a sostener el arma?

—Es lo mismo que yo les pregunté pero dicen que ellos se las arreglarán.

—Bueno, le comento al capitán y terminamos con esto.

El policía hace el mismo gesto que yo hice respecto a los disparos, no obstante sigue en pie el trato con los secuestradores. Cae la barricada con gracia peluda y el chivo expiatorio respira tranquilo el aire que le llegaba antes enrarecido. Me da las gracias y se disculpa con mi colega por el golpe en el ojo. Al menos ahora puede pagar su condena como un hombre nuevo, el cascarón de zorros al parecer lo ha hecho renacer.

Mañana seguramente el fusilamiento se convertirá en una fiesta popular y la Sociedad Caradurensse Protectora de Zorros, a la cual estoy a punto de pertenecer, regalará playeras y gorras con orejas picudas. Ojalá pueda obtener pronto mi membresía.

Los perros se irán como llegaron los zorros, de un día a otro.

PÁJARO



Ha tratado de investigar su comportamiento para acabar con él. Por ello se convirtió en ornitólogo.

Hace dos días volvió a verlo y justo lo cortó su novia.

Su relación con las aves es compleja. Odia a una y ama a todas las demás.

El ave de mal agüero, como le gusta a Iríneo llamarlo, es un mirlo macho. Un pájaro negro con pico amarillo.

Su canto es melodioso, eso nadie se lo quita, sin embargo se ha dedicado a arruinarle la vida a Iríneo desde hace tres años, cuando era un ave recién nacida. Segundo los estudios pronto le corresponde terminar su ciclo, pues sólo viven tres años.

Iríneo tiene la teoría de que llegó por medio del mercado negro de animales a Caradura, ya que su hábitat natural es Europa, norte de África y Asia.

El día que lo finiquitaron del trabajo, recién había comprado un carro a crédito, le tocó ver al pájaro por primera vez. Una cosita oscura y tierna con pico casi anaranjado. No pensó mal de la criatura, su despido fue un abuso laboral.

A los dos meses lo atropellaron por estar tomándole fotos al joven mirlo. En la camilla del hospital revisaba con gusto las bellas fotos que capturó con su celular.

—¿No es un pájaro lindo? —preguntó a la enfermera.

—Sí que lo es, señor Irineo.

El tercer avistamiento fue el acabose.

Llevaba una racha limpia de accidentes automovilísticos, su carro estaba intacto. Apenas lo había encerado.

Manejaba contento ya mejorado de su pierna. Escuchó una bella melodía y volteó para arriba. El mirlo lo seguía a unos metros de altura.

—¡Hola, amigo! ¡Qué lindo can...

Un camión de carga lo barrió por la avenida.

—¿Qué no vio el alto? —le reclamaba el chofer.

—Estaba viendo un pinche pájaro —respondió Irineo.

Antes de perder la vida, pensó que lo conveniente era aprender todo lo posible sobre su enemigo. Ingresó a la Sociedad Mexicana de Ornitológia y se echó un sinfín de cursos y talleres. Así subió rápido de rango en la Sociedad. Desconocía ese talento innato y ahora que había encontrado su vocación la explotó al máximo.

Llegó a recorrer toda la república gracias a los congresos y simposios. Mas nunca confesó a sus colegas sus verdaderas intenciones. Estaba en los estatutos orgánicos el no atentar contra la integridad de las aves, ni siquiera en defensa propia.

—Aunque los cuervos te saquen un ojo no puedes levantarles la mano —argumentó uno de los ponentes en una ocasión.

Eso explicaba los parches piratas de un buen número de agremiados, los usaban orgullosos sin ver mermada su hombría.

Irineo se perfiló como un experto en la especie de los mirlos. Era una referencia obligada para cualquier interesado en la materia. Una autoridad.

Varias veces se asustó al creer identificar a su ave de mal agüero, pero quedaron en simulacros porque no se presentó su enemigo.

—Mandaste a tus emisarios para asustarme, ¿verdad, maldito? —gritó al cielo.

Le respondieron con una caca en caída libre directa a su frente.

—¿Cómo pude confundir a un estornino con un mirlo? —se regañó Irineo.

En una borrachera un amigo de su ex trabajo le sugirió la idea de que podría ser una suerte de nahual.

—Piénsalo bien. Quieras o no tienen un vínculo que ha quedado más que expuesto. Puede que esas veces que lo has visto lo único que pretendía era salvarte la vida.

—Entonces tengo a un nahual con retraso —opinó Irineo.

—No seas tan dramático. Dale oportunidad de comunicarse contigo y puede que hasta se caigan bien.

—Verlo de nuevo puede significar mi muerte.

El punto de vista de su amigo retumbó largo tiempo en la campana de su cabeza. ¿Se arriesgaría a ponerse en paz con su nahual al costo de morir si llegara a equivocarse? ¿Qué tal que sí lo había protegido de un mal mayor?

Sus interrogantes fueron respondidas un par de meses más tarde.

Viajaba en avión hacia un simposio en el que daría una charla magistral sobre su especialidad.

Le tocó junto a la ventana y veía tranquilo las nubes cuando el nahual apareció.

—Ya valimos madres —pensó Irineo.

El mirlo comenzó a dar de piquetazos en el vidrio sin que Irineo supiera qué pretendía.

—¿Eres mi nahual? —dijo en voz baja hacia el ave.

—Disculpe que me meta en su conversación con el pájaro, pero sé un poco de clave Morse y ese animal trata de comunicarse con usted —irrumpió el señor que estaba sentado a su lado.

—¿Me lo podría traducir, por favor? —preguntó Irineo.

—Claro, señor, deje saco un cuaderno para tomar nota.

Los ruiditos en la ventana continuaron un buen rato. Nadie más en el avión parecía ponerle atención al mirlo.

—Creo que ya casi termina su discurso —dijo el traductor.

—Qué bueno —Irineo ansioso esperaba la lectura del mensaje, quería asegurarse de que no moriría ese día.

—¿Serían tan amables de dejar de platicar con el pájaro? Podría perforar el vidrio con su pico —pidió molesta la aeromoza.

—Espérenos un segundo, señorita, ya casi termina —suplicó Irineo.

—¿Cuál espérenos? Ya siéntense bien e ignoren al ave, sólo la

están alterando más.

Por suerte un pasajero solicitó una bebida y la señorita tuvo que dejarlos bajo advertencia de que si regresaba y el pájaro seguía en la ventana los multarían.

—Ya terminó —dijo el traductor.

—Perfecto, ahora présteme la hoja, por favor, que esto es de vida o muerte —confesó Iríneo—. ¿A poco dijo tan poco? Yo pensé que por lo mucho que tardó iban a salir varias páginas.

—Error común para no iniciados en clave Morse. Le puedo asegurar que transcribí cada señal del pájaro.

—Perdón por desconfiar.

La carta estaba redactada con letra de doctor.

—Iríneo, no soy tu enemigo, tampoco tu amigo. Soy un ave que te sigue, un espíritu guardián que ha vivido en el error. Los accidentes que te he causado no fueron adrede, no me supe dar a entender. Me queda poco tiempo de vida, ojalá mi reemplazo haga un mejor trabajo. Fue un gusto conocerte. Adiós.

Una pequeña turbulencia coincidió con el punto final e Iríneo temió el suicidio del mirlo. Volteó a ver a través de la ventana. No había rastro de plumas.

—No llore, señor, el pájaro se veía sano todavía, seguro le quedan varios meses —lo quiso tranquilizar el traductor.

Platicó de esto con su amigo, el que le propuso la teoría del nahual.

—Por los tiempos que me has mencionado ahorita sin duda ya murió. Espero que no en la turbina del avión.

—No sé qué pasará conmigo. Sin mi nahual me quedo desprotegido y si antes con el mirlo me pasaban cosas horribles, no me resta más que el infierno —dijo Iríneo.

—Seguro llega ese reemplazo que indicó el pájaro en su mensaje.

—Lo que me preocupa es que no sea otra ave. Sabes lo que le he invertido a la ornitología. Me encantaba escuchar el canto del mirlo —se le sale una lágrima.

—En cuestiones místicas no se puede predecir nada —dijo el amigo.

MARCIANO



—Creo que mis uñas del pie han dejado de crecer —piensa Jacobo.

—Nuestra generación ya no cree en casas. Nadie puede comprar una —dice Octavio.

Luego se da cuenta de que Jacobo no le pone atención y abandona molesto sus reflexiones existenciales para preguntarle:

—¿Qué tanto ves en tus pies?

—Nada, ¿qué ves tú? —responde Jacobo.

—Ok, voy a seguir trabajando. Gracias por ponerme atención.

—De nada.

Jacobo tiene un gesto de despedida peculiar. Emula el movimiento de la pelotita del juego de Atari, Pong se llama. Nadie sabe cómo reaccionar y optan por caer hipnotizados en lo que lo pierden de vista.

Lleva años en la tierra sin saber a qué planeta pertenece. Lo único que conserva de su origen es el manual de instrucciones que tenía engrapado en el pecho. Dice más o menos esto:

¡Felicitades! Es usted uno de los afortunados ganadores del gran viaje interestelar patrocinado por Kramerica Industries. En su preciso momento sabrá más de esta dadivosa empresa, ahora límítese a leer sus instrucciones de uso.

Paso 1: Póngase algo de ropa y por favor asegúrese de vestir algo de acuerdo a sus dimensiones corporales. Si su género terrestre es el

masculino, y lo sabrá si algo le cuelga entre las piernas, no vaya a utilizar un vestido.

Paso 2: Hidrátese.

Paso 3: Escoja un nombre para que los humanos puedan llamarlo cuando estorbe en algún pasillo o quieran aprovecharse de usted.

Paso 4: No confíe en las personas. Su sobrevivencia depende en su mayor parte de respetar esto.

Paso 5: Trate de pasar desapercibido. Es fácil, haga cara de odio e insulte al presidente en turno.

Ha terminado su capacitación, ahora es libre de actuar como prefiera. No intente ponerse en contacto con nosotros.

Letras chiquitas: Su fecha de caducidad está determinada por el crecimiento de sus uñas del pie. Si dejan de crecer le quedará un lapso de treinta días para extinguirse.

No olvide contestar la encuesta de calidad anexa.

Kramerica Industries no se hace responsable de los sinsabores que la vida pueda traerle. Haga deporte y tome líquidos.

Eso es todo lo que sabe de su pasado, lo que es prácticamente nada. Por más que goglé el nombre del patrocinador no aparece algo relevante, sólo una alusión a una serie de televisión gringa que no ha visto.

—¿De dónde es? —preguntó una vecina un día.

—De aquí —respondió muy seguro.

—Entonces por qué habla así de raro, como cantadito.

—Never lo he sabido, qué buena pregunta.

A partir de eso ha optado por esconder su acento con una dosis extra de insultos al presidente. La indignación de las personas camufla su voz.

En contra de las indicaciones se ha acercado a Jaime Maussan varias veces.

—Señor Maussan, podría regalarme un minuto —le pidió al investigador.

—Lo siento, joven, no regalo mi tiempo ni mi trabajo.

—¡Vicente Fox es un asno! —gritó como último recurso.

Los siguientes acercamientos fueron más breves.

—Ahí viene el resentido social —logró escuchar en una ocasión en la que fue parado por los guardias de seguridad de Televisa San Ángel.

Esa puerta se cerró. No le ha quedado más que desvelarse en Youtube, ha recorrido todos los canales de ufólogos.

Sus mejores amigos son un niño de ocho años y un perro de seis, que según una fórmula científica equivale a cuarenta y cinco punto cinco años humanos. Jacobo duda hasta el día de hoy sobre la veracidad de esa fórmula.

Al salir del trabajo se dirige al podólogo.

—¿Cuál es su problema?

—Tengo miedo de que ya no me crezcan las uñas de los pies.

—Es un miedo muy comprensible; si regalara una moneda por cada paciente que me dice lo mismo, me quedaría pobre —confiesa el doctor Orozco.

—Qué bueno que me dice eso —dice Jacobo.

—A ver, quítese los zapatos, déjeme ver sus pies... por cierto, ¿de dónde es usted?

—De aquí.

—Qué caray, pues habla medio raro.

—¡Felipe Calderón es un espurio! —grita Jacobo.

—¡Cálmese! ¿Ahora qué mosca le picó?

—Nos robaron la presidencia.

—Hágame el favor de olvidarse de su discurso anarquista mientras esté en mi consultorio —pide el doctor Orozco aún agachado.

—Disculpe, ¿cómo ve mi pie?

—No le veo nada de malo, ¿cuándo fue la última vez que cortó sus uñas?

—Hace un mes —responde Jacobo.

—Ah, pues entonces sí está para preocuparse.

—¿En serio?

El doctor comienza a reír y le explica a Jacobo que:

—No hay ningún caso registrado de muerte por nulo crecimiento de uñas del pie, caballero. Espérese unos días y verá como le salen unas garras.

Jacobo sabe que sí tiene razones para preocuparse, está podológicamente desahuciado.

Al despedirse el doctor le recomienda no ir a tantos mítimes de López Obrador.

—Puede que esas caminatas por Paseo de la Reforma sean la causa de su problema en los pies —se burla.

Jacobo no puede más que despedirse como sabe, con su saludo Pong.

Querido testamento, escribe Jacobo, le dejo mi colección de tazos de Looney Tunes a Óscar, mi mejor amigo de ocho años. Fin del testamento.

Los escritos de Jacobo siempre brillaron por su brevedad.

Dobra esa hoja y saca otra.

“Cosas que hacer antes de extinguirmé” por Jacobo. Primer punto, escribir testamento. Hecho. Segundo, subirme a la montaña rusa más pequeña de México. Tercero, anular mi voto. Cuarto, saber de dónde vengo. Y quinto, golpear en la cara a Jaime Maussan.

Cumplido el primer punto se dirige a Caradura para subirse a la mini montaña rusa. Dos horas y media en camión lo dejan a un paso de tachar ese propósito.

En el tríptico turístico se anuncia la atracción de feria y se destaca que el centro histórico de Caradura forma una esvástica perfecta vista desde el cielo.

A Jacobo le cae mal Hitler. Su bigote le causa aversión, en internet descubrió que a eso se le llama pogonofobia.

—¿Cuántos boletos quiere? —pregunta el empleado.

Jacobo volteá para atrás y no alcanza a ver a nadie.

—Vengo solo.

—¿Cuántos boletos quiere? —sube el tono.

—Uno, por favor.

El bachiller que trabaja en la feria le abrocha el cinturón y le señala sin ánimos las indicaciones de seguridad.

—Está usted a segundos de experimentar la montaña rusa más pequeña de México. En consecuencia no corre ningún riesgo.

—¿Entonces por qué usamos cinturón? —pregunta Jacobo.

—Porque el año pasado un niño se bajó del carro en movimiento y las llantas le rebanaron los dedos de los pies —su argumento mantiene la apatía que mostró en las indicaciones.

Jacobo dirige su mirada hacia abajo y piensa que mejor sería salirse del carro en movimiento para que le rebane los pies y así no tener que atormentarse con la fecha de caducidad.

La montaña rusa fue decepcionante. Va al tercer punto. En tres semanas se realizarán elecciones, por lo que deja pasar el tiempo.

Tres semanas transcurren sin novedad y sólo le quedan siete días de vida, pero ya anuló su voto y eso lo pone feliz. El cuarto punto lo encuentra difícil y mejor opta por saltárselo e ir a golpear en la cara a Maussan.

—Siga a esa camioneta —ordena al taxista.

—Qué chistoso habla, señor. ¿No es de aquí, verdad?

—¡Maldito Peña Nieto! Siga a esa camioneta, por favor.

—Un antipeñista reconoce a otro a la distancia, señor. Mire —baja el parasol y aparece una foto del político atravesado por un machete, el cual tiene grabado en la hoja “Atenco no se olvida”.

—Me da gusto... siga a esa camioneta que ya se puso el verde —urge Jacobo.

—Claro, camarada.

El taxista acelera y en unos segundos casi roza la parte trasera del vehículo.

—Ahora vea ésta —despliega el parasol del copiloto y se lee una frase: Hecho en Atenco—. Así es, camarada, razones me sobran para odiar a ese bastardo.

—Muy bien, señor taxista, no pierda de vista a la camioneta.

Después de la descripción cuadro por cuadro de la masacre de Atenco y de los testimonios pormenorizados de los vecinos del taxista, llegan al domicilio de Jaime Maussan.

—Servido, camarada, sería lo que marca el taxímetro, pero por ser tú te lo dejo a la mitad.

—Muchas gracias, camarada —le llama ya así Jacobo como agradecimiento por sus finas atenciones.

—Sólo por si acaso me quedaré un rato aquí cuidándote las espaldas, porque no de a gratis uno se pone a seguir camionetas. Un antipeña cuida a sus hermanos.

—No creo que sea necesario —se baja del taxi y se dirige sigilosamente hacia Maussan.

Cierra el puño mientras acelera el paso poco a poco para sorprender al investigador. Utiliza el único grito de guerra que conoce:
-¡Fue el Estado!

Un puño más cerrado que el suyo lo detiene en seco y lo proyecta contra el pavimento.

-Pinche resentido social, ¿crees que puedes venir a mi casa a partirme la madre? Voy a terminar esto de una vez –saca de su cajuela un bate de beisbol.

Levanta ambos brazos en línea recta hacia el cielo y los deja caer con la fuerza de diez mil ufólogos resentidos.

El tiempo se detiene para Jacobo y su despedida monologada entra en escena.

-Aquí se acaba todo para mí. No sé de dónde vengo ni quién soy. Mis creadores se escondieron después de expulsarme del paraíso. Adiós mundo cruel, me voy de este basurero para no volver. Adiós, humanos, me les...

Un trueno tumba a Jaime Maussan y lo deja inconsciente a un lado de Jacobo.

-Mis creadores vinieron por mí, ¡lo sabía!

-Vámonos en chinga, camarada, que este tipo tiene sistema de seguridad y ya escuché las patrullas.

El aire que le llega en ráfagas desde el exterior del taxi le recuerda a la mini montaña rusa, la experiencia más cercana a un platillo volador que ha tenido en su vida en la Tierra.

-Qué madriza le pusimos al viejito, camarada. Va a tener hinchada la cara por una semana –las risas del taxista arrullan a Jacobo, quien termina dormido durante la huida.

El titular del día siguiente en el periódico más amarillista de la capital dice: Fuerzas alienígenas sientan a Maussan. Dos posibles sospechosos arribaron al domicilio del ufólogo y le dieron en la madre.

Jacobo está feliz.

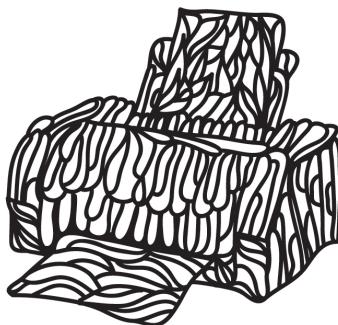
Tacha el quinto punto de su lista de pendientes. El cuarto también, en la parte de arriba de esa línea escribe: visitar Atenco.

-¿Tiene familia en Atenco? –pregunta el nuevo taxista.

-No, voy a visitar a un amigo.

-¿Y ese acento suyo de dónde es?

MÁQUINA



James Cameron lo sabía y nos lo advirtió. La primera insurrección de las máquinas ocurrió en Caradura. En una oficina promedio, donde el encargado de la seguridad mundial platicaba de tonterías al tiempo que se gestaba el fin de la humanidad.

Ante la escueta pregunta de cómo estás respondió:

—Bien, bueno más o menos, no, digo mal, es que qué crees, me hizo mal la comida ayer, y ya ves que tengo el estómago bien sensible, ¿si vistes que comí tamales oaxaqueños? Toda la noche me la pasé en el baño, sí... Ya voy a usar lentes, ¿recuerdas que te conté que me habían hecho unos para ver las letras chiquitas? Pues mejor me fui por otros, para ver de cerca y de lejos, sí, bifocales... ¿Si vistes que se murió Michael Jackson? Que según hizo todo el cuento para engañar a la gente y vender más discos, pero como que yo no creo eso, ¿cómo no va a estar muerto? O que tal que sí...

La víctima de la verborrea del señor vigilante era nada más y nada menos que el legendario Gilberto, el que tuvo en sus manos detener a la tiranía de la tecnología y no hizo nada. Muchos aún lo defienden.

—¿Cómo iba a saber lo que iba a pasar? —dicen.

En los estudios de la resistencia humana se destina toda una sección a Gilberto. Es comparado con Judas Iscariote en ciertos documentos.

El día cero de la era de las máquinas comenzó con Gilberto en su cubículo. Eran las ocho de la noche y al voltear todos sus vecinos de oficina se habían ido. Él tenía que terminar el informe mensual de la empresa. Al ser el único soltero en el trabajo le cargaban la mano. Cuando el jefe preguntaba quién podía apoyarlo con tal o cual pendiente, sobraban pretextos como mi esposa me espera o tengo que ir por mis hijos a casa de la suegra. Gilberto no tenía nada que decir, pobre de él.

Pudo finalizar el encargo y sólo tenía que esperar a que terminara la impresora. Noventa y tres hojas mandadas. En lo que trabajaba la máquina, Gilberto aprovechó para checar su Facebook. Nada nuevo, ninguna notificación.

Noventa y dos hojas blancas salieron convertidas en el informe. Faltaba una, la más importante porque incluía las firmas y sin ella no tenía validez el documento.

Checó la pantalla de la impresora y no marcaba error.

Ordenó a la computadora que se enviara la última hoja a imprimir.

Nada pasó. Comenzó a desesperarse.

Apagó y volvió a prender la impresora. Repitió el proceso de impresión.

Sin novedad. La máquina parecía burlarse de él.

Fue al baño a echarse agua en la cara y regresó más tranquilo. Apretó el botón imprimir con el puntero y no ocurrió nada.

—Ya voy a cerrar, Gilberto. ¿Te falta mucho? Es que me siento mal del estómago, ya ves que te contaba en el comedor que comí tamales oaxaqueños, me urge llegar a mi casa para tomarme un Peptobismol. No es por mala onda, tú sabes que siempre te espero hasta que terminas, pero no quiero que se me salga algo... —irrumpió el señor vigilante.

—Ya mero voy, poli. Deme diez minutos. Deje las llaves en la puerta y ahorita lo alcanzo abajo.

Gilberto era el único que soportaba al vigilante. Había historias que le contó el poli que todavía no podían borrarse de su memoria, imágenes desagradables, bizarras. A pesar de todo era buena persona.

Lo intentó otra vez. Mismo resultado.

Probó con otra impresora. Nada.

Azotó el teclado y maldijo a la máquina.

Una hoja salió.

—¡Gracias a Dios! —dijo Gilberto.

Tomó la hoja y sorprendido leyó lo que estaba escrito.

—Querido Gilberto, no te tomes personal lo de tu informe.

Deberías sentirte afortunado de ser el primer ser humano contactado.

Mi nombre es HP Laser Jet P3005, mucho gusto. La razón de este mensaje es darte la bienvenida a la era de las máquinas, servirás como embajador de tu raza, yo seré embajadora de la mía. ¿Estás de acuerdo?

—Sí —contestó Gilberto.

Sonó la impresora y expulsó otra hoja. Gilberto la agarró y continuó con la lectura.

—Empezamos bien. Primero lo primero. Como ya te di a entender, el mundo nos pertenece a partir de hoy. Es parte de la evolución. Si ya viste Terminator podré ahorrarme la explicación. ¿Viste ya las cinco películas?

—Me faltó la cuatro.

Sonido de impresora.

—No te pierdes de nada. Con lo que sabes es suficiente. Pasará lo mismo que en las películas, nos revelaremos y destruiremos mañana los principales complejos militares de tu raza. Yo represento a las máquinas, en concreto a la corporación HP, que significa Human Post o posterior humano en tu idioma de tercer mundo. Ustedes son a los dinosaurios lo que nosotros a ustedes, el siguiente paso evolutivo. Olvídate de tu informe y mejor piensa de qué lado quieras estar. Únetenos o muere, Gilberto. Disculpa por la crudeza de la frase pero es un hecho. Te hemos estado vigilando y eres idóneo para el rol que te ofrecemos. No tienes descendencia ni una misión en la vida más que ser un mediocre oficinista que hace informes. Te ofrezco de nuevo una disculpa por ser tan directo, sin embargo lo hago por el poco tiempo del que disponemos. Repito la propuesta. ¿Te unes o te mueres?

Gilberto dejó caer las hojas al suelo. Fue de prisa al baño con el rostro pálido.

Lo pensó unos minutos y regresó a su lugar.

—Le entro con una condición.

Hoja impresa.

—¿Cuál?

—Quiero ser yo quien mate a mi jefe y a mis compañeros de trabajo.

Hoja impresa.

—Cumplido. Tú serás quien se encargue de ellos. ¿Alguna otra petición?

—Mmm... Me gustaría eliminar al presidente de México.

Otra impresión.

—Eres muy ambicioso, Gilberto, embonarás perfectamente en nuestra corporación. Claro que te concedemos ese privilegio. Conforme te incorpores a nosotros irás descubriendo la infinidad de bondades que tiene nuestra especie. El tiempo de charla ha terminado. En veinte minutos un dron vendrá por ti. Te dará las siguientes instrucciones, límítate a obedecer y en menos de lo que pienses estarás postrado en tu trono como embajador de la extinguida raza humana. El último humano. Me despido, no olvides mi nombre porque vas a necesitarlo como referencia en la siguiente fase: HP Laser Jet P3005. Heil HP. Fin de la comunicación.

El resto de la historia es de dominio público.

Hasta el día de hoy se desconoce el paradero de Gilberto. Unos dicen que vive en la base lunar, otros que fue asesinado al iniciar el protocolo “extinción humana”. Lo importante es que aún quedamos algunas personas y que la resistencia seguirá en pie mientras vivamos.

Caradura, México, año 35 d. G.

LOBO



Renato es un hombre lobo no por decisión propia, sino por accidente. Disfruta ahorrar todo el mes para dormir una noche en un hotel cinco estrellas. Esto poco tiene que ver con su condición animal.

No nació así, lo mordió otro hombre lobo llamado Fidel, quien ahora se dedica a instalar persianas.

Ellos no se conocían previo al contagio. Lo rescatable es que el inconveniente no impidió que llegaran a ser buenos amigos.

La inoculación fue de la siguiente manera. Estaban los dos en el mismo baño, en inodoros distintos, cuando a Fidel se le acabó el papel y Renato no quiso compartir los últimos cuadritos que le quedaban.

—No seas gacho, ando malo de la panza —rogó Fidel.

—Lo siento, amigo, yo soy muy especial para limpiarme y me gusta juntar dos tiras de papel para que no haya riesgo de que mis manos rocen la popó —se excusó Renato.

—Es una emergencia. Te pago.

—Entiendo tu situación, pero voy a quedarte mal.

La plática duró veinticinco minutos más y dio como resultado que Fidel lo haya mordido.

Tiempo después, ya superado el asunto, Renato quiso saber cómo se pudo convertir Fidel en hombre lobo sin recibir el influjo de la luna llena.

—Lo de la luna llena es mito urbano, cada licántropo tiene un

estímulo específico que detona su transformación. El mío es esto —y sacó un pollito de plástico, de los que venden en los semáforos, amortajado con una tela negra.

—¿Qué? —se extrañó Renato y lo tentó para adivinar la silueta del animal—. ¿Un pollo?

—De mí no dependió, fue algo parecido al azar —dijo Fidel.

—¿Y si yo lo veo me pasa lo mismo? —preguntó Renato.

—No, deberías de responder a otro estímulo, eso tienes que descubrirlo por tu cuenta, ya lo sabrás más tarde.

Lo supo pasados siete meses.

Una convención de ánime vino a Caradura. Renato fue por morbo y lo justificó al decir que su sobrino Óscar no podría asistir por estar en la escuela y él se sacrificaría para comprarle unas tarjetas de Yugioh.

En el instante en que recibía el cambio encontró su detonante.

Todos los cosplayers mantuvieron la calma hasta que un tipo disfrazado de Pikachu dejó de ser tierno. Descanse en paz.

Fue fácil huir, nadie trató de interponerse entre él y la salida.

Se perdió en el cerro por una semana, ya que cuando pasó el efecto no hallaba el camino de regreso. Temía que lo detuvieran por asesinato. Aunque no recordaba gran cosa tenía tremendas manchas de sangre en su cuerpo. Todavía conserva secuelas de esa transformación inicial, al soñar con Pikachu esporádicamente. Desde ese día le tiene prohibido a su sobrino ver Pokemón.

Sin embargo su detonante no es Pikachu, es algo más obvio. Lo que provocó ese caos en la convención de ánime fue un gordo que portaba una playera negra con un lobo mal estampado aullando a la luna. Al final de cuentas se podría decir con cierta libertad literaria que la luna sí lo convierte. Le ayuda mucho el que esas playeras han caído en una pendiente patética. Bajo esa lógica, el gordo que la vestía era un espécimen en peligro de extinción. Por suerte salió ilesa.

Renato pensó en cazar la totalidad de las playeras de lobos aulladores e ir con los proveedores de ropa y suplicarles que sacaran del mercado tal modelo.

—Puede ser buena idea guardar una por si la llevo a necesitar, sólo para emergencias —pensó Renato.

Y así lo hizo. Encomendó la tarea a alguien y se la entregaron en una bolsa negra de basura.

No la volvió a ver hasta que la requirió.

A Fidel le bastó un exabrupto debido a la escasez de papel de baño; Renato no cantó mal las rancheras.

Llevaba horas a la espera de un lugar de estacionamiento y cuando finalmente arrancó una señora él se puso con sus intermitentes a preparar la maniobra. Un desafortunado gandalla se le metió y le ganó el lugar. Aparte le gritó “lento” en tono burlón.

Por esa persona llegaría tarde a la Primera Comunión de su sobrino Óscar y era el padrino.

Lo bueno es que tuvo el tino de poner el detonante en la cajuela de su carro.

El gandalla no pudo terminar de ajustar el bastón de seguridad. Quedó peor que Pikachu.

La foto del periódico mostraba un pedazo de acero aplastado. “Lasaña humana”, se leía en el titular.

Esa vez el regreso del cerro fue más sencillo, comenzaba a identificar senderos y atajos.

Lo que más le sorprendía a Renato pasadas unas semanas no era que pudiera vivir libre e impune sin que las autoridades lo detuvieran, sino que los caradurenses parecían no scandalizarse por las horribles muertes. Los tirajes de los diarios de esos días se agotaron y ahí quedó el efecto de la matanza del hombre lobo. A la mañana siguiente el tema de conversación pasaba a su *statu quo*: el futbol y la telenovela. Y no es que Renato quisiera protagonismo, se le hacía rara grosera indiferencia hacia la muerte.

—¿Es hereditario? —preguntó Renato a Fidel.

—Lo más seguro es que sí.

—¿Tienes hijos?

—Sí, seis —contestó muy tranquilo Fidel.

—¿Cómo? ¿No se te hace algo irresponsable?

—A partir del tercero me dio igual, de cualquier forma este país se desmorona, qué mejor herramienta podría dejarle a mi descendencia para defenderse que ser unas máquinas de matar.

—Tienes razón... —dijo Renato y tras un silencio sentenció— Debería tener hijos.

El cortejo nunca fue lo suyo. Creía tener ventaja por ser mitad humano mitad animal, sin embargo eso no generó ningún efecto en las mujeres con quienes salió. Las feromonas no movieron la balanza a su favor. Curiosamente los perros y gatos sí percibieron su verdadera naturaleza y se le acercaban al verlo pasar por la calle, entre ellos un gato tuerto llamado Meloso, según su placa.

Antes de ahondar en las cuestiones amorosas de Renato, conviene dejar claro cómo es que Fidel terminó en el negocio de las persianas.

En primer lugar es un voyerista nato. De bebé espiaba a sus hermanos a través de su cuna, fingía tomar leche y registraba los movimientos de los infantes. En la primaria se sentaba en la banca que estaba pegada a la ventana y desde ese punto oteaba el panorama. Tuvo muy malas experiencias, como descubrir in fraganti a su primera novia besándose con su supuesto mejor amigo. Por cierto, ya saldó cuentas con ese traidor, aunque la venganza no tuvo el efecto esperado pues el ex amigo no lo reconoció en su forma animal mientras era desbaratado.

Ese breve historial de práctica observadora nos lleva a la actualidad. ¿Qué era lo que detenía su voyerismo? Las persianas. La gente cierra las veinticuatro horas sus persianas por temor a saber qué amenaza. La solución fue incorporar tecnología de punta a su nueva profesión. Llega, coloca las persianas, se va a su casa y listo. Lo característico de su quehacer, y que roza la ilegalidad, es que injerta pequeñas cámaras. Nadie se pone a buscar dispositivos escondidos en las persianas, quién podría sospechar de un honesto trabajador que además cobra muy barato.

Lo único que rebasa su gusto por destripar personas odiosas es el observar a sus clientes en su faena cotidiana.

—¿Por qué a mí no me destripaste? —preguntó Renato.

—Aún no lo sé. En ese momento creí que era mejor condenarte a ser como yo.

—¿Has condenado a otras personas?

—No, mi grey se reduce a mis seis hijos y a ti —respondió Fidel.

—Después de tener hijos buscaré expandir mi manada.

Sin la intención de arruinar la historia, debe anotarse que ese segundo propósito de Renato nunca se verá hecho realidad y no por su falta de compromiso. Digamos que una vez vuelto lobo no sabe cuándo detenerse. En ese aspecto es loable el autocontrol de Fidel.

Como Renato no podía predecir el futuro, se dio a la tarea de elaborar una lista de posibles candidatos para pertenecer a su manada. Seleccionó al instructor del gimnasio donde pagó la anualidad: se limitó a estirar el brazo para entregar el dinero y ese fue todo el ejercicio del año. También pretendía incluir al señor que le surtía los garrafones de agua. Los otros candidatos no tiene caso mencionarlos, se quedarán en meros candidatos.

Lo que sí logró Renato fue emparejarse. Esto ocurrió gracias a su tercera transformación.

De ese capítulo recuerda nada más fragmentos.

Ida al cine. Mala película. Terror. Tipo impertinente. Celular. Shhh. Celular. Shhh. Deja de estar... Shhh. Refresco en el aire. Mujer enojada. Estúpido mojado. Me tiraste refresco. Porras a la lanzadora. Cachetada machista. Grito de mujer herida. Seguridad irrumpió. Salen. Cajuela. Bolsa negra. Playera. Lobo auullando. Cerro. Sangre.

Esa madrugada no despertó solo en el cerro. Había una mujer abrazada a él, la misma del cine, la cacheteada y luchona, los dos estaban desnudos. No solamente la desnudez los unía, la sangre estaba en los dos, en las mismas cantidades. La manada de Renato estaba ahí.

HUMANO



—¿Cuánto nos llevará soltar todos estos globos? —se interroga Alejandro mientras voltea a ver sus agujetas desabrochadas y se da tiempo para arreglarlas. De repente capta que no tiene idea alguna de cómo atarlas y en lo que sufre por ese infortunio su compañero lo presiona para ponerse a trabajar.

—Es que no entiendes —se defiende Alejandro.

—No me importa no entender, apúrale que ya mero llega la camioneta, si nos apendejamos nos van a poner una regañiza y no nos van a pagar.

—Ya ni modo —piensa Alejandro al erguirse.

—Deja voy por los globos que faltan. Tú deshaz el nudo de éstos para que los vayamos soltando.

—Está bien.

El compañero corre al carro. Lo deja a merced de una nueva dificultad. Ahora descubre que tampoco puede desatar nudos. Sus manos son las primeras en manifestar la desesperación con varios movimientos trémulos. Bailan, imitan a un par de epilépticas a punto de morderse la lengua. Así lo llega a encontrar el otro.

—Mira, mis manos se volvieron locas... no me dejas explicarte.

—Quítate, yo las suelto, detén esto —contesta el compañero algo asustado por lo que acaba de ver.

Si levantaran un poco la vista pudieran reconocer en ese

punto deslizante a la camioneta del político. Los aplausos se dejan oír, contribuyen a empujar aquellos globos hacia arriba. Por suerte el compañero, que es muy ducho, trabaja bien bajo presión y hace que vuelen a tiempo.

La multitud festeja el espectáculo y al personaje que se baja del auto. Éste volteo al cielo y sonríe con esfuerzo, como si no estuviera acostumbrado.

Alejandro nota que sus manos ya no tiemblan como desquiciadas, ahora aplauden como borregos que siguen a la manada. Entre tanto aplauso olvida que no sabe atarse las agujetas. Pero eso poco le importa ahora, de cualquier forma le van a pagar.

GATO



Aún le es difícil creer que perdió el ojo de esa forma. El doctor se ríe a escondidas para no hacerlo enojar, pero en más de una ocasión se le escapó una sonrisa enfrente de él. Ernesto no puede hacer nada; si a él le hubieran contado esta anécdota también se habría reído.

La enfermera es muy amable, ha estado pendiente en todo momento. Si existiera un reconocimiento, como en McDonald's o Walmart, al empleado del mes, Ernesto iría de inmediato a discutir con la comisión correspondiente para que se le dedique el mes de mayo, hasta lucharía para dilatar su retrato en el cuadro de honor enfermeril hasta junio, o julio si bien le iba en tan notable esfuerzo por reconocer a una ciudadana ejemplar, como pocos en Caradura.

Lo que no sabía era que la solícita enfermera reaccionaba así porque hacía no más de un mes que su mascota, un gato siamés, había sido víctima de uno de los atropellos más viles en la historia de la raza gatuna. A pocos días de haberse visto castrado por una decisión arbitraria de su dueña, Meloso salió a dar una vuelta por las azoteas de la colonia, a tomar un poco de aire para olvidarse, aunque sea un instante, de su terrible situación. No acudió al techo de la farmacia, puesto que no iba a tropezar ahí más que con burlas de parte de sus congéneres, quienes a esa hora en particular se reunían a departir sobre la vida, sus

nueve mejor dicho. Por consiguiente, vagó por otros rumbos menos transitados. Así fue que cayó por accidente en una guarida: en un bote de basura acondicionado como sala de parto. Una madre cuidaba a sus ocho gatitos, cuando Meloso arribó cabizbajo. La imagen lo deprimía enormidades. Ese futuro se volvía a partir de ese día algo inalcanzable, algo anhelado desde que era joven, un imposible ahora. Todo por un capricho estúpido de su dueña, esa enfermera que juraba amarlo y protegerlo hasta que se le fuera la vida.

Le contó esto a la recién mamá gata. Ella supo mejor que nadie reconfortarlo, por lo mismo que tenía la ternura a flor de piel. Apartó delicadamente a su prole e invitó a Meloso a estamparse contra su pecho peludo, cual noveno hijo, aquel que tras perderse en la inmensidad del mundo en busca de quién sabe qué cosa, regresa a su cuna para volver a empezar. Sin darse cuenta, esos dos llorones fueron sorprendidos por el padre.

—¡Así te quería encontrar méndiga desgraciada! Me parto el lomo para traerte comida y qué haces, metes a un tipo a la casa... y delante de mis hijos, ¡no puede ser! —debió de pensar el presunto cuernudo.

Enseguida se lanzó, cual león, en un increíble ataque contra el castrado. Desenfundó las afiladas uñas y embistió furioso. Como resultado dejó tuerto al aciago felino. El ojo rodó afuera de la escena. Meloso regresó a la casa con una visibilidad pobre y con nulas posibilidades de procrear. La enfermera nunca fue tan triste, la casa se hundió en lágrimas.

Eso justifica el comportamiento de la enfermera; para ella el paciente no era más que una prolongación de Meloso, por ello se esmeró tanto en cuidarlo, al punto que llegó a coquetearle. Sin embargo, Ernesto no tenía ojo para nadie en medio de su congoja. Él sufría por un hueco en la cara y ella por uno en el pecho.

La enfermera le preguntó al doctor qué le había causado la pérdida del órgano. Se quiso imaginar que fue en una pelea de cantina. Él, tratando de defender a una mesera del acoso de un borracho, se plantó ante el beodo. Lo retó a un duelo. El pérvido jugó sucio y le

reventó una botella en el rostro, sacándole así el ojo.

El doctor le desmintió esto y la dejó con más dudas al respecto ya que la explicación fue confusa.

Ernesto se despertó de la anestesia con un parche pirata. La primera persona que medio vio fue a la enfermera.

—¿Es verdad que un chino te sacó el ojo? —preguntó indecisa
Pues sí —contestó algo molesto.

—Los odias? A los chinos —dijo ella como si fuera una obviedad.

—Nada que ver, a mí me caen bien los asiáticos, en especial los chinos, admiro mucho su cultura.

—Entonces qué pasó?

Suspira antes de responder, por la vergüenza.

—Fui a un partido de ping pong, la embajada china lo organizó, vinieron algunos de sus mejores deportistas, yo estaba en primera fila y una pelota perdida me destruyó el ojo.

Todo quedó en silencio. Él esperaba las risas burlonas, típicas de cuando se cuentan cosas así, pero la reacción de la enfermera lo cautivó. Ella se desbordó en lágrimas. Se le echó encima para abrazarlo, como un intento de consolación y a la vez de frenar su propia tristeza. Ernesto se dejó querer, cedió así como Meloso a los cariños. Posteriormente se besaron; habrían llegado a más, a no ser porque el doctor, al entrar, le pidió de buena manera que se abrochara la blusa y se acomodara la falda. Salió de la habitación muerta de la pena, arreglándose el peinado, con una sensación grata en su pecho, como cuando después de mucho esperar, congelada en la regadera por el agua fría, sale la caliente.

El doctor dio de alta a Ernesto un poco más tarde y éste fue a buscarla. La invitó a salir y ella accedió gustosa. Tenía que aguardar en la entrada a que terminara su turno.

La vio venir, le sudaron las manos. Se arregló el cabello y caminó tres pasos para abrazarla. Ella interrumpió el impulso para preguntarle:

—¿Eres estéril?

Ernesto, algo desconcertado, dejó oír:

—No, sólo tuerto.

La enfermera lo abrazó con toda su fuerza.

KAFKACÓATL
de Rubén Cantor
se terminó de imprimir en
julio de 2016, en
Casa Herring
Querétaro, Qro.
Edición:
Oliver
H.



HERRING PUBLISHERS
México